

cibieron en la garganta. Blandina habia sido atada á un poste, con los brazos estendidos, y la vista de la santa que representaba al Señor en la cruz, sostuvo el valor y constancia de los mártires. Como las fieras no se habian atrevido á tocarla, se reservó para el dia siguiente; pero el pueblo irritado pidió á Atalo, que era muy conocido. Se le hizo dar vuelta al anfiteatro, llevando delante de él un cartel en que se leian estas palabras: *Atalo, cristiano*. Bramaban los paganos contra él, y no cesaban de pedir su muerte; pero el presidente habiendo entendido que era ciudadano romano, lo volvió á la prision con otros mártires, esperando la respuesta del emperador, á quien escribió sobre este asunto. El emperador respondió que era preciso hacer morir á todos aquellos que persistiesen en confesar á Jesucristo; y poner en libertad á todos los que le renunciasen. El presidente, entonces sentado en su tribunal, hizo comparecer á los prisioneros, y nuevamente les preguntó. Todos ellos perseveraron en su confesion y la sentencia fué pronunciada. Al dia siguiente el médico Alejandro fué conducido al anfiteatro con Atalo, á quien el juez por complacer al pueblo, habia condenado al mismo suplicio, sin embargo de ser ciudadano romano. Uno y otro, despues de haber sufrido los tormentos ordinarios, fueron degollados. El último dia de los espectáculos, presentaron á Blandina junta con un jóven cristiano llamado Póntico, de edad de quince años. Se les aplicó toda suerte de tormentos, sin atender á la edad corta del uno, ni al débil secso de la otra. Ellos permanecieron firmes en la fé, y caminaban á la muerte con mas gozo que si fuesen

á un festín. El jóven consumó primero su sacrificio, y Blandina quedó sola en la palestra. La ataron con un cordel y la espusieron á un toro enfurecido, que la golpeó por largo tiempo; pero la esperanza de una vida eterna, y su amor á Dios, la hacian insensible. Como una víctima, en fin, pura y obediente, ofreció la garganta al cuchillo, que la inmoló al Dios que adoraba. A juicio de los paganos mismos, jamás muger alguna habia sufrido tormentos tan crueles y multiplicados. La rabia de sus perseguidores no habia cesado; ella se ejerció sobre los mismos cadáveres: aquellos hombres que habian perdido todo sentimiento de humanidad, entregaron á los perros los cuerpos de los santos mártires: despues recogieron todos los restos esparcidos, los quemaron y arrojaron sus cenizas al Ródano. Todas estas persecuciones fueron inútiles contra el poder del Señor. Despues se conoció por revelacion, el parage en donde las cenizas estaban reunidas: las que se recogieron con respeto y se colocaron bajo el altar de la Iglesia, que se erigió en honor de los santos Apóstoles, que el dia de hoy se llama con el nombre de San Nizier. Estos santos mártires ascendian al número de cuarenta y ocho, y sus nombres se han conservado.

MARTIRIO DE SAN EPIPODIO Y SAN ALEJANDRO.

——

LA sangre de tantos mártires no habia podido extinguir el fuego de la persecucion. Un gran nú-

mero de otros confesores, sufrieron entonces el martirio en las Galias. La ciudad de Leon tuvo la gloria de dar á la Iglesia entonces dos héroes, Epipodio y Alejandro. Ambos eran jóvenes, de un nacimiento distinguido: una tierna amistad los habia unido, y la piedad habia ligado este nudo. Habiendo sido denunciados al presidente, se salieron de la ciudad y se refugiaron en la cabaña de una pobre viuda, donde por algun tiempo estuvieron acogidos; mas como se hacian unas exactas pesquisas, fueron descubiertos y puestos en prision. Tres dias despues les hicieron comparecer con las manos atadas á las espaldas, delante del tribunal del presidente. El juez les preguntó su nombre y la religion que profesaban: ellos manifestaron su nombre, y dijeron públicamente que eran cristianos. Al punto clamaron contra ellos, y el juez furioso, exclamó: ¿Qué todavía se tiene atrevimiento de violar los edictos de nuestros príncipes? ¿De qué han servido los tormentos que hemos hecho sufrir á otros muchos? Al punto, por temor de que mutuamente los santos no esforzasen su valor, los separaron. Alejandro que era de mas edad, fué conducido á la prision, y comenzaron á atormentar á Epipodio, que parecia mas debil; pero antes de hacerlo, el juez que esperaba ganarlo por medio de discursos afables, le dijo: no te obstines en perecer, nosotros adoramos á los dioses inmortales, á quienes todos los pueblos de la tierra y los emperadores, rinden adoracion con nosotros: honramos estos dioses con juegos, festines y regocijos; mas vosotros adorais á un hombre crucificado, á quien no se puede agradar, sino renunciando los placeres: dejad esa austeridad para go-

zar las dulzuras de la vida, que son tan conformes á vuestra edad: vuestra cruel compasion no me mueve, respondió Epipodio: vosotros ignorais que Jesucristo, despues de haber sido crucificado, resucitó; y que siendo por un inefable misterio Dios y hombre, ha abierto á los que le sirven el reino de los cielos; mas para hablaros de cosas que mas estén á vuestro alcance, ¿ignorais que el hombre es un compuesto de dos sustancias, alma y cuerpo? En nosotros el alma manda, y el cuerpo obedece: aquellos deleites á que vosotros os entregais en honor de vuestros dioses, halagan ciertamente los sentidos; pero ellos matan á la alma: nosotros hacemos la guerra al cuerpo; pero es para vivir al alma, y conservar la su imperio: vosotros despues de haber procurado satisfaceros como los brutos, no encontrais mas que una triste muerte, al paso que cuando nos haceis perecer, hallamos una eterna vida. El juez irritado con esta respuesta, le hizo abofetear; despues de tenderlo sobre un potro, dos verdugos de uno y otro lado, le desgarraron los costados con uñas de hierro; pero la crueldad del juez era muy lenta, comparada con los deseos de un pueblo furioso. Éste pidió á grandes gritos que se le entregase al santo para despedazarle. El presidente, que temia se le perdiese el respeto á su dignidad, dió orden de que se le cortase la cabeza. Un dia despues, el presidente que queria satisfacer su rabia y la del pueblo, por los suplicios que reservaba á Alejandro, le hizo comparecer ante su tribunal, y le dijo: Ahora puedes aprovecharte de los ejemplos de los demas: nosotros hemos hecho una guerra sangrienta á los cristianos, y tú solo á mi juicio eres

el único que nos ha quedado. Respondió Alejandro: doy gracias á Dios que se digna llamarme á los triunfos de los mártires: vos me animais con su ejemplo: basta, os engañais, el nombre de cristianos no puede perecer: soy cristiano y lo seré siempre. El presidente le hizo estender sobre el potro, con las piernas muy abiertas, y le atormentaban tres verdugos, que se remudaban uno despues de otro: durante este tormento, el santo mártir invocaba con fervor los socorros del cielo; y recibió tanta fortaleza, que primero se fatigaron de atormentarle los verdugos, que él se cansase de sufrir. El juez, por último, viéndole inflexible, le condenó á morir en una cruz.

MARTIRIO DE S. SINFORIANO.

EN la misma persecucion, la ciudad de Autúm ofreció un espectáculo igualmente edificante en la persona de San Sinforiano, jóven de una familia distinguida. Un dia que se celebraba con pompa la fiesta de Cibeles, diosa del paganismo, manifestó Sinforiano el horror que tenia á este culto impío. Se le prendió y fué conducido al gobernador, que estaba entonces en Autúm, para hacer esactas pesquisas de los que fuesen cristianos. Sentado este en su tribunal, le dijo: ¿cómo has podido escaparte hasta ahora de mis investigaciones, cuando creia haber purgado esta ciudad de aquellos que se lla-

man cristianos? ¿Y por qué, dime, has rehusado adorar á la gran Cibeles? Sinforiano respondió: yo soy cristiano, no adoro mas que á un solo Dios que reina en el cielo; pero á la imágen del demonio, no solamente niego mi adoracion, sino que si vos me lo permitis, yo la reduciré á polvo: vuestro nacimiento, dice el juez, es el que os hace aparentar ese ardor impío; ¿pero sabes cuales son las órdenes del emperador? y desde luego hizo que se le leyese el edicto, que mandaba quitar la vida á cualquiera que rehusase sacrificar á los dioses: ¿qué respondes á esto? (añadió el juez) ¿podemos obrar nosotros contra las órdenes del príncipe? Ese ídolo, respondió Sinforiano, es una invencion del demonio, que procura perder á los hombres: y el cristiano que se entrega á la maldad, se precipita á los abismos: nuestro Dios tiene castigos para el pecado, así como tiene recompensas para la virtud: yo no llegaria á la puerta de la eterna bienaventuranza, sin perseverar en la confesion de su santo nombre. El juez con esta respuesta, le hizo azotar y le mandó á la prision: le hizo salir de ella despues de algunos dias, y le ofreció una gratificacion tomada del tesoro público, con una honrosa plaza en la milicia, si queria adorar á la estátua. Un juez, le dice Sinforiano, no debe perder el tiempo en discursos inútiles, ni tender lazos á la inocencia: yo no temo la muerte; pues debemos dar nuestra vida por aquel que es autor de ella, ¿y por qué no ofreceriamos á Jesucristo como un don, lo que algun dia debemos pagarle como una deuda? Vuestros favores no son mas que un veneno oculto, bajo un pérfido cebo: el tiempo arrastra vuestros bienes, como un rápido torrente;

nuestro Dios es el que únicamente puede concedernos una felicidad constante é inalterable. La antigüedad mas remota no ha visto el principio de su gloria, y la duracion de los futuros siglos, no verá su fin. Tú cansas mi paciencia, repuso vivamente el juez: si no sacrificas á Cibeles, ahora mismo te condenaré á la muerte, despues de haberte hecho sufrir horribles tormentos. Yo no temo mas que al Dios Todopoderoso que me ha criado, y á él únicamente sirvo, dijo el santo: mi cuerpo está en vuestro poder, pero no mi alma. El juez entonces lleno de furor, pronunció la sentencia en estos términos: que el sacrilego Sinforiano muera á cuchillo, para vengar así los dioses y las leyes. Cuando se le conducia al lugar del suplicio, su madre corrió, no para enternecerlo con sus lágrimas, sino para fortalecerlo y animarlo con sus exhortaciones: ella le gritaba desde lo alto de las murallas: "hijo mio Sinforiano, mi querido hijo, acuérdate del Dios vivo, muestra tu valor, hijo mio: no se debe temer una muerte que con seguridad conduce á la vida; para que ninguná pena te cause lo terrible, levanta tu vista al cielo y desprecia los tormentos, que no duran mas que algunos instantes: si permaneces constante, los tormentos van á cambiarse por una eterna felicidad." La fé que hizo triunfar á esta generosa madre, de la ternura que inspira la naturaleza, no es menos admirable que la que hizo triunfar al hijo, de los horrores de la muerte.

ell m

APOLOGIA DE TERTULIANO.

Las luces concurrían con los sufrimientos al triunfo del cristianismo; y la Iglesia no era menos defendida por los escritos sólidos de sus defensores, que honrada por el valor invencible de sus mártires. Tertuliano, sacerdote de Cartago, publicó entonces en favor de la religion cristiana, una obra que intituló Apologético, y que dió un golpe mortal al paganismo. Primero se queja de que se condenase á los cristianos sin querer escucharles: los cristianos, dice, son los únicos á quienes se quita la libertad de defenderse delante de sus jueces, y de informarlos de lo que debían saber para sentenciar con justicia. Demuestra, que las leyes que condenan la religion cristiana, son manifiestamente injustas, por haber sido dictadas por príncipes malos, cuya memoria y acciones detestan los mismos paganos. Contesta al reproche que se hacia á los cristianos de no adorar á los dioses del imperio. Despues de haber espuesto el origen de las divinidades paganas, lo absurdo de su culto y la indecencia de sus ceremonias, concluye que estos dioses son indignos del culto supremo, y demonios que engañan á los hombres: que se me presente aquí, dice él, alguno de los que se creen agitados de cualquiera divinidad, y que pronuncien oráculos: á la presencia de los cristianos mandándoles hablar, harán ver que es verdaderamente el demonio; y que sin em-

bargo se hacia adorar como un Dios: si no lo confiesa ó se atreve á mentir á un cristiano, consiento desde luego que este cristiano sea condenado á muerte. Es preciso que el don de espeler á los demonios fuese aun, muy comun en la Iglesia; supuesto que Tertuliano se atreve á hacer públicamente este desafio. Justifica á continuacion á los cristianos de la acusacion de impiedad, asignando el verdadero objeto de su culto. El Dios de los cristianos, dice, es aquel que ha sacado el universo de la nada con su poder: que todo lo ha arreglado con su sabiduría, y que todo lo rige por su Providencia. Así es que el magnifico espectáculo de la naturaleza, da el mas esclarecido testimonio de este Ser Supremo. Los mismos paganos, aunque ciegos por los perjuicios de su educacion, y por sus pasiones, naturalmente lo testifican, cuando en medio de los peligros esclaman: ¡Gran Dios! ¡buen Dios! testimonio de una alma naturalmente cristiana. Este es aquel Ser, que en todo tiempo se ha manifestado á sí mismo de viva voz en los escritos de los profetas que ha suscitado, y á quienes ha llenado de su espíritu. Estos escritos no pueden ser sospechosos, pues andan en las manos de los judíos nuestros enemigos, quienes los leen públicamente en las Sinagogas. La antigüedad de estos escritos no podrá contradecirse: es cierto que Moisés, el primero de estos autores, ecsistió mucho tiempo antes que los griegos y los romanos. Aquellos mismos profetas que ecsistieron despues, no son menos antiguos, que vuestros mismos historiadores y legisladores. El cumplimiento de las profecías prueba manifiestamente que son divinas; y nos aseguran la verdad

de aquellas que deben cumplirse en lo ulterior. Las Escrituras han anunciado las desgracias de los judíos, que nosotros vemos hoy literalmente cumplidas. Dios los habia colmado de favores por la piedad de sus padres, y les ha continuado su proteccion, hasta que ellos merecieron ser abandonados. No se puede desconocer la mano vengadora de Dios, viendo el estado infeliz á que han sido reducidos; desterrados de su propio pais, errantes en todo el universo, sin leyes, sin magistrados, sin patria: los oráculos mismos que les habian predicho estos males, les hacian ver al mismo tiempo, que Dios se habia escogido de todas las naciones y lugares, adoradores mas fieles, á quienes comunicar su gracia en vista de los méritos de aquel que debia ser su maestro y gefe. Tertuliano habla despues de Jesucristo, del misterio de su Encarnacion, y prueba su divinidad por las profecías, por sus milagros y por su resurreccion: dice, que las circunstancias de su muerte han parecido tan sorprendentes á los paganos mismos, que Pilato dió aviso de esto al emperador Tiberio, cuya relacion fué depositada en el archivo de Roma; y Tiberio habria creido en Jesucristo, si se pudiese ser á un mismo tiempo César y cristiano.

CONTINUACION DEL APOLOGETICO DE TERTULIANO.

DESPUES de haber establecido Tertuliano la verdad del cristianismo, desvanece con vigor las calum-

nias que se producian contra los cristianos: se nos acusa, dice, que no honramos á los emperadores por medio de los sacrificios: es verdad que no ofrecemos víctimas; pero dirigimos al Dios eterno nuestras súplicas por la salud de los emperadores: los respetamos, aunque no les demos el nombre de dioses, porque no podemos mentir. Nuestra fidelidad no puede ser sospechosa: de esto teneis una convincente prueba en la paciencia con que sufrimos las persecuciones: el pueblo continuamente nos apedrea; incendia nuestras casas: ni aun á los mismos cadáveres de los nuestros se les perdona en el furor de los bacanales: se les saca de sus sepulcros y los despedazan, y nosotros ¿hacemos por ventura alguna cosa para vengarnos de todas estas injurias? Si quisiésemos haceros una guerra abierta, ¿nos faltarian fuerzas y tropas? Nosotros ahora comenzamos á ser, y ya llenamos vuestras ciudades, vuestros campos, los palacios, el senado y la plaza, únicamente os dejamos vuestros templos, ¿no seremos nosotros mas á propósito para la guerra aun con fuerzas desiguales, supuesto que no tememos la muerte, siendo una de nuestras máximas sufrirla mas bien que dárla? Basta solo para vengarnos el abandonaros, y retirarnos lejos de vuestro imperio: os quedariais asombrados de vuestra soledad. Para mostrar que las asambleas de los cristianos nada tenían de faciosas, Tertuliano describe lo que allí pasa: nosotros, dice, formamos un solo cuerpo, porque tenemos una misma religion, una misma moral y una misma esperanza: nos reunimos á pedir á Dios en comun, como si quisiésemos obligarlo á que acceda á nuestras súplicas: esta violencia le es agrada-

ble: los que presiden nuestras asambleas, son ancianos de una probada virtud, que llegaron á este honor, no por la plata, sino por el laudable testimonio de su vida, pues en la Iglesia de Dios, nada se hace por el dinero: si hay entre nosotros alguna especie de tesoro, no hace á la religion vituperable: cada uno contribuye á él como quiere: á nadie se exige por fuerza á que dé: lo que se recoge, es un depósito sagrado; no lo disipamos en festines inútiles, sino que sirve á los alimentos de los huérfanos, al socorro de los pobres y de todos los enfermos. Es extraño que una caridad como esta sea para alguno vituperable: ved, dice, como se aman todos recíprocamente: ved como están dispuestos á morir los unos por los otros: nuestra union os asombra; pero vosotros mutuamente os aborreceis. Como todos tenemos una misma alma y un mismo espíritu, no tenemos dificultad para comunicarnos nuestros bienes: así, no es de admirar, que una amistad tan íntima como esta, produzca las reflexiones comunes: tanto los pobres como los ricos, son admitidos á ellas (estas reflexiones se llaman ágapas, que quiere decir, caridad): todo se hace allí con modestia y compostura: antes de sentarse á la mesa, se hace oracion y se come, como si Dios estuviese presente: la refeccion termina del mismo modo que comienza, es decir, por la oracion. Tales eran las juntas de los cristianos tan desacreditados entre los infieles. ¿Cómo puede decirse, añade, que dejamos el comercio de la vida? Nosotros vivimos en vuestra compañía: usamos del mismo alimento, vestuario y muebles que vosotros: nada de lo que Dios ha criado despreciamos: usamos únicamente de ello

con moderacion, dando gracias á aquel que es su autor: transitamos los mares, cultivamos la tierra, llevamos las armas, y comerciamos con vosotros: ¿por qué, pues, merecemos la muerte? Vosotros que juzgais á los criminales, decid si acaso entre ellos hay un solo cristiano: yo pongo por testigo vuestros registros. Entre los malhechores que se condenan diariamente por sus crímenes, no hay un solo cristiano, ó si lo hay, no puede tener otra causa que el serlo; y en caso que sea condenado por algun otro delito, ya no es cristiano. La inocencia es para nosotros una necesidad: perfectamente la conocemos; y habiéndola aprendido de Dios, que es nuestro Maestro, la guardamos fielmente como precepto de un juez á quien no se puede engañar. Tal era entonces la vida de los cristianos, en el tercer siglo de la Iglesia.

Adicion.—Hernas y Seleuco enseñaron en Galacia los errores de Herimógenes. Por este tiempo tomaron los discípulos de Pragéas el nombre de Patripacianos, porque no confesando en Dios mas que una sola persona, decian, que el Padre hecho hombre, fué el que murió en la cruz; por este motivo les llamaron igualmente monárquicos.

Tantas impiedades y delirios que en este siglo segundo se suscitaron, desaparecieron progresivamente como un débil humo; reportando de todos ellos nuestra santa religion, el mas glorioso triunfo. La divina Providencia tomó por instrumento para proteger la santa Iglesia, y hacer brillar con mas esplendor y hermosura su doctrina ortodoxa, la pluma de muchos doctores católicos. San Dionisio, obispo de Corinto, impugnó con particularidad la heregia de Montano, en sus cartas dirigidas á los fieles de Gortina, é iglesias de Lacedemonia, Aténas y Nicomedia. Escribió tambien Teófilo, obispo de Alejandría, un elegante tratado á Autólico, sobre el verdadero Dios y la verdad del cristianismo: es el primero que ha usado la palabra **TRINIDAD**, para explicar la distincion de las divinas Personas. Rodon publicó otra obra contra Marcion, cuyos fragmentos conservó Eusebio.

Origenes escribió contra la mayor parte de los hereges, principalmente contra los Marcionistas y los Valentinianos: contestó á la obra escrita por Celso contra la religion cristiana. Esta respuesta se ha mirado siempre como una Apología del cristianismo, la mejor de toda la antigüedad, tanto por su erudicion sagrada y profana, como por la pureza de su estilo, por el calor de sus espresiones y fuerza de razonamiento; de manera que Eusebio que escribió en el siglo IV, remite esta apología á los que desean tener un pleno conocimiento de la verdad de nuestra religion. Finalmente, S. Irineo, por el año 203 impugnó en su tratado de la Ogdoada, á los Valentinianos.

(AÑO 202 DE JESUCRISTO.)

QUINTA PERSECUCION BAJO EL EMPERADOR SEVERO.

DESPUES de la muerte de Marco Aurelio, gozó de alguna tranquilidad la Iglesia. El emperador Severo manifestóse al principio, humano con los cristianos, y aun se creía que estaba en favor de ellos; mas por los hechos posteriores no parece que dejaba aumentar su número, sino para tener mas víctimas que sacrificar á su furor. El año décimo de su reinado, publicó contra ellos sangrientos edictos, los que fueron ejecutados con tanto rigor, que los fieles creyeron que habia llegado ya el tiempo del anticristo. Comenzó la persecucion en Egipto, y fué allí muy violenta. Entre los mártires que allí derramaron su sangre, se distinguió una esclava jóven, llamada Potamina. El amo á quien pertenecía, hi-

zo algunas veces esfuerzo para corromperla; y viendo su resistencia, se llenó de furor, y resolvió perder á esta santa esclava. La denunció como cristiana, al gobernador de Alejandría; pero al mismo tiempo el gobernador le encargó que favoreciese á su pasión, prometiéndole una gruesa suma de plata si podia lograr el que Potamina se rindiese á sus deseos, á quien no debia condenar sino en caso que ella perseverase en su resistencia. Se condujo entonces al tribunal del gobernador, el que empleó todos los medios que pudo imaginar para seducirla; mas esta generosa esclava permaneció firme y no se dejó rendir ni por las engañosas caricias de este juez inícuo, ni por los suplicios con que la amenazaba. Su firmeza irritó al gobernador que la condenó á ser echada en una caldera de pez ardiendo. Cuando los ejecutores iban á despojarla, ella les suplicó que no le quitasen sus vestidos, y que en cambio de esta gracia tan debida á su pudor, consentiría que la metiesen lentamente á la caldera, para que sus sufrimientos mas prolongados, fuesen una prueba del poder de Jesucristo, y de la fidelidad que ella queria guardarle. Los verdugos concediéndole lo que pedia, la sumergieron con tanto espacio, que le hicieron sufrir este tormento por espacio de tres horas: ellos mismos quedaron convencidos de que la gracia de Jesucristo hace á sus siervos superiores á las mas largas y duras pruebas. Uno de las guardias que asistia á su ejecucion, llamado Basíledes, trataba á la santa con mucho decoro, é impedía que el populacho la insultase. La santa se manifestó agradecida y le prometió interesarse por él para con Dios. En efecto, pasado algun tiempo,

Basíledes tocado por Dios, se declaró cristiano. Al principio se creyó que lo hacia por burla; pero se vió que perseveraba en la confesion de la fé, se le condujo al juez y le envió á la prision. Los fieles vinieron á visitarlo, y le ministraron el bautismo. Al siguiente dia fué degollado, despues de haber confesado gloriosamente á Jesucristo. Solo una religion hay verdadera, cuya divinidad se prueba en medio de los suplicios mas crueles.

MARTIRIO DE SAN IRINEO, OBISPO DE LEON.



LA persecucion se estendió hasta las Gálias, y es indubitable que San Irineo, obispo de Leon, recibió en ellas la corona del martirio. Habia sido discípulo de San Policarpo, y en su escuela aprendió la ciencia de la religion, que le hizo una de las lumbreras de la Iglesia. San Policarpo formó á un mismo tiempo su espíritu y su corazón con sus lecciones y ejemplos. El discípulo por su parte, estaba penetrado de veneracion á las eminentes virtudes de su maestro: observaba cada una de sus acciones para llenar su espíritu, y escuchaba, dice el mismo santo, con mucha atencion sus instrucciones, y las tenia grabadas, no en tablas, sino en lo mas profundo de mi corazón: aun todavía está impresa en mi espíritu la gravedad de sus pasos, la magestad de su semblante, la pureza de su vida y las santas exhortaciones con que alimentaba á su pueblo: me parece que le oigo decir aun, como habia conver-